

Williams, Raymond. *El campo y la ciudad*. Prólogo a la edición en español de Beatriz Sarlo. Traducción de Alcira Bixio. Buenos Aires: Paidós, 2001. 411 págs.

Raymond Williams es uno de los pensadores británicos más importantes e influyentes del siglo XX. Más conocido por la influencia fundamental que ejerció en el surgimiento de los estudios culturales, el sentido de su obra es más profundo y significativo. Cada libro de Williams, ya sea teórico o de ficción (los cuales son desconocidos en castellano), constituye una mirada diferente y profunda a la totalidad de la experiencia cultural. Sin descuidar ni la parte práctica, ni la teórica, la obra de Williams nace de una actitud personal ante los distintos panoramas literarios y teóricos, que con el paso del tiempo se vuelve más fina y elaborada. No se trata de dar cuenta de un conjunto de escuelas y actitudes intelectuales, sino más bien de una revisión detallada de las distintas categorías y conceptos de la cultura en diálogo con su propio pensamiento. El gesto de Williams alcanza validez por la importancia y necesidad que se le da al cuestionamiento de los conceptos establecidos, en pro de unos que se encuentren en capacidad de explicar las condiciones actuales de la sociedad. Por tal razón, su obra se encuentra en constante evolución y cambio, lo que obliga a revisar cada texto suyo de una manera independiente y autónoma.

El campo y la ciudad, publicado en 1973, es una muestra de este movimiento. Distinto a obras anteriores fundamentales de Williams anteriores como *Culture and Society* (1940) o *Politics and Letters* (1947-48), *El campo y la ciudad* corresponde al comienzo de un giro en el pensamiento del autor que alcanza su cumbre teórica en la redacción de *Marxismo y literatura* (1978). Tal cambio indudablemente se debe al conocimiento de las nuevas corrientes marxistas europeas. Gracias a la *New Left Review*, el ensayista galés tuvo acceso a los trabajos de teóricos como Goldmann, Lukács, Gramsci, Althusser, los integrantes de la escuela de Frankfurt (principalmente Walter Benjamin), entre otros, que lo llevaron a replantear su propio pensamiento. El nuevo marxismo europeo suscitó en Williams el planteamiento de nuevos problemas, como él mismo lo reconoce en el prólogo de *Marxismo y literatura*:

En la actualidad la situación es muy diferente. El marxismo, en muchas esferas de actividad, y tal vez especialmente en la esfera

de la teoría de la cultura, ha experimentado un significativo resurgimiento a la vez que una apertura y una flexibilidad respecto al desarrollo teórico. Entre tanto, la literatura se ha tornado problemática en una serie de nuevos aspectos por razones que le son afines. (11)

La necesidad de hilar los problemas entre marxismo, literatura y sociedad, será el nuevo objetivo intelectual de Williams. Tal cambio hizo de Williams uno de los pensadores más preocupados por la teoría marxista, sin que ello quiera decir que se convirtió en el portavoz del marxismo inglés en los años de la posguerra. El problema principal para Williams no consiste en entender el funcionamiento del marxismo, sino en poner a dialogar tales conceptos con otras formas de pensamiento. Como lo ha señalado Beatriz Sarlo en el prólogo (11-12), la posición de Williams no es la de un marxista, sino más bien la de un materialista cultural. Para poder entender tal posición, como lo ha señalado la misma Sarlo, es necesario ubicarnos en el ambiente intelectual que rodea a Williams, “en el marco de las décadas discursivistas y estructuralistas de los sesenta y los setenta, años de crítica del sujeto y de devaluación teórica de la experiencia” (13). El hilo central de la discusión, en pocas palabras, giraba en torno a la elección de una base económica o una simbólica en los procesos culturales. Para Williams es imposible adherirse a uno de los dos polos, ya que ambos extremos son, como señala en *Politics and Letters*, en esta cita recogida por Sarlo, “indisolubles elementos de un mismo proceso social-material que no autoriza ninguna prioridad analítica ni ontológica” (14). En vez de validar una base económica o una simbólica, la salida por la que Williams opta remite a la materialidad del procedimiento cultural de lo simbólico. Tal proceso es la base de la teoría materialista cultural del galés. En *Marxismo y literatura* Williams nos resume en pocas palabras la definición de materialismo cultural que le interesa presentar: “una teoría de las especificidades del material propio de la producción cultural y literaria del material histórico” (10). No son las relaciones económicas o simbólicas las que definen las relaciones sociales del individuo, sino el elemento cultural. Un concepto que hoy nos parece bastante común, pero en los años sesenta hasta ahora se estaba configurando en hombres como Williams, E. P. Thompson o Pierre Bourdieu.

Los nuevos interrogantes suscitados por el marxismo europeo y la posición de materialista cultural que asume Williams, constituyen el sustento teórico-intelectual del que se nutre *El campo y la ciudad*. Por otro lado, existe una clase especial de sustento en el libro que es necesario señalar antes de tratar directamente el texto. Indudablemente estoy haciendo referencia a la experiencia biográfica que permite y favorece las reflexiones del texto. Williams, en cierta medida, vivió en carne propia las relaciones de poder e ideológicas entre el campo y la ciudad. De origen netamente rural, nació en una pequeña aldea de Gales en 1921; de nuevo Sarlo cita *Politics and Letters* donde Williams recuerda:

Vengo de Pandy, una aldea predominantemente agrícola, de estructura rural típicamente inglesa; las granjas son pequeñas unidades familiares. Mi padre empezó a trabajar, de niño, como peón de granja. Pero el valle estaba atravesado por el tren y, a los quince años, consiguió un empleo de changarín ferroviario, que mantuvo hasta que entró al ejército en la Primera Guerra Mundial. A su regreso fue ayudante de señalero y, más tarde, señalero. *De modo que yo crecí dentro de esta particular configuración, una trama rural de pequeñas granjas, entretrejida con otro tipo de estructura social a la que pertenecían los trabajadores de ferrocarril . . .* Todo el tiempo recibíamos una cierta presión desde el Este, es decir, desde Inglaterra, porque estábamos justo al límite donde comenzaba una vida rural diferente, con grandes casas de campo cuyos propietarios eran ingleses que habían vuelto de la India. Pero esa presión, de todos modos, era muy marginal y externa. (11) [el énfasis es mío]

El particular trato que mantienen el campo y la ciudad hacía parte del diario vivir del galés. Williams llegó a Cambridge gracias a una beca de las organizaciones laborales en los años treinta. La mayoría de los estudiantes venían de las exclusivas *public schools*, a diferencia de Williams que venía de una pequeña escuela de la clase trabajadora. Indudablemente el choque de culturas es abismal y, como lo ha señalado el mismo Williams, dejaría huella en toda su obra. Si tenemos en cuenta esta circunstancia, no podremos negar la especial relación que mantiene Williams con ambos polos. De cierta forma, su propia experiencia le brinda una gran garantía a la hora de concretar dicha relación. De todos modos, la obra de Williams

no se debe tomar como un testimonio de su vida. Antes de ser una transcripción del choque cultural al que estuvo expuesto, lo que encontramos es un aprovechamiento crítico y teórico de una experiencia, a favor de los interrogantes culturales que más le interesaban. El mejor ejemplo de esta actitud indiscutiblemente es *El campo y la ciudad*. El suelo biográfico vive en un constante diálogo con las preocupaciones teóricas, algunas veces explícitamente, como ocurre en la mención de *A Thanksgiving* (1647) de Herrick:

Da la casualidad de que, cuando era niño, leí por primera vez este poema bajo un techo y un pórtico probablemente más bajos que el de Herrick y me pasaron dos cosas: por un lado no podía quitarme esos versos de la cabeza y, por otro, no dejaba de experimentar un sentimiento de cólera. Mi padre lo había traído a casa en un libro llamado *Hours with English Authors*, que era un libro de texto de una clase vespertina a la que él asistía en el pueblo. Se le había pedido (así es como se enseñaban los valores) que lo aprendiera de memoria; y él me pidió que verificara si lo había aprendido bien. Recuerdo que yo releía y me preguntaba quiénes eran aquellos pobres y por qué habían desgastado aquel umbral, si la condición del poeta era en verdad tan humilde. *Abora lo comprendo mejor*. (106) [el énfasis es mío]

El sentimiento que había despertado el poema de Herrick ha sido desplazado por uno más acorde con las nuevas preocupaciones del galés: el estudio de la experiencia cultural. La nueva preocupación no remite a la enseñanza de valores o a la situación económica de los pobres sino, más bien, a la sensación de melancolía que siente el sujeto en contraste con un estado pasado de complacencia. A estos aspectos, entre otros relacionados con Herrick, se referirá Williams en el segundo apartado del capítulo titulado “Los hilos de la naturaleza”.

En *El campo y la ciudad* podemos encontrar muchos ejemplos que nos confirman el señalado gesto de Williams, aunque en la mayoría la referencia a su experiencia es implícita. En ningún otro libro Williams se vio forzado a revisar de manera tan detallada y crítica sus orígenes y, más aún, las lecturas que había realizado sin ningún interés teórico.

El materialismo cultural, en conjunción con un mundo de toda clase de lecturas que Williams realizó durante toda su vida, son las

herramientas con las que se genera *El campo y la ciudad*. En la actualidad, cuando los estudios culturales y sociológicos están tan de moda, un proyecto que incluya tales elementos puede sonar muy poco original. Pero en los años setenta la falta de un estudio que hilara los problemas entre campo y ciudad era un grave vacío intelectual y, en cierta medida, el texto de Williams es el comienzo de una ardua tarea¹ que, hoy en día, no sólo compete a la literatura, sino a la mayoría de las áreas sociales y artísticas. El texto de Williams se puede entender como el puente que une dos polos que, por distintas razones históricas y sociales, se estaban distanciando.

Campo y ciudad son dos palabras que se excluyen mutuamente. Para cualquier persona resulta claro el antagonismo que mantienen estas dos instancias. Al parecer, existe un consenso peligroso sobre la distancia que existe entre campo y ciudad, ya que a la hora de conceptualizar dicha distancia, tal consenso se vuelve conflictivo y contradictorio. Hay que tener mucho cuidado en el momento de su realización, ya que “‘campo’ y ‘ciudad’ —como indica Williams en las primeras líneas de su libro— son dos palabras muy potentes, y esto no debería resultar sorprendente si recordamos todo lo que parecen representar en la experiencia de las comunidades humanas” (25). No se puede simplificar ningún aspecto y, mucho menos, obviar alguno. Nos encontramos en un campo bastante extenso por lo cual las relaciones entre campo y ciudad “no son sólo de ideas y experiencias, sino también de rentas e intereses, de situación y poder: un sistema más amplio” (32). El estudio de aquel “sistema más amplio” que envuelve a la ciudad y al campo es el objetivo primordial de Williams, la columna vertebral de todo el texto.

¹ La importancia de la ciudad en relación con el campo ya había sido señalada por Engels y Marx, en términos económicos principalmente. Después de ellos son muy pocos los que retoman dicha problemática. De alguna forma, el auge del marxismo teórico en los años cincuenta y sesenta suscitó el interés por el tema. En Inglaterra, la aparición del texto de Williams es fundamental para el reconocimiento y desarrollo de esta relación en los siguientes años. En otros países simultáneamente se estaba generando la misma inquietud, por lo cual no es raro encontrar estudios con nuevos enfoques, gracias a la presencia de nuevos objetos de estudio (textos literarios no ingleses, obras de arte, arquitectura, etc.) o a las pequeñas diferencias de las circunstancias históricas y sociales de otros países. Tal es el caso de textos como el de José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* o el de Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. En otros casos, el texto de Williams influyó fuertemente en nuevas perspectivas, como es el caso de Beatriz Sarlo en la literatura argentina.

Sobre el campo se construyó la idea de un lugar apropiado para un estilo de vida natural, a diferencia de la ciudad, que muy lejana de la pasividad del campo, se caracterizó por un dinamismo permanente; la ciudad era considerada el lugar del progreso y la erudición. Distintas asociaciones y digresiones, con la aparición de nuevas condiciones sociales, se fueron produciendo a partir de esta idea, como por ejemplo, la concepción de un campo caracterizado por la ignorancia y el atraso en contraste con la ciudad del desarrollo y el progreso. Pero antes de convertirse en el lugar negativo que parece representar hoy en día, el campo era, como decíamos anteriormente, el “lugar apropiado para un estilo de vida natural”. Este motivo, como lo señala Williams, es el tema más frecuente y preferido en la poesía de los siglos XVI, XVII y XVIII. A pesar de ser un motivo establecido desde la antigüedad (principalmente en la literatura latina), las distintas circunstancias sociales presionan para su transformación o, por el contrario, siguiendo los parámetros clásicos (generalmente por contraste entre el pasado ideal y las nuevas condiciones) los poetas se las ingenian para dar cuenta de los anhelos e ideales de la sociedad rural. Es así que el mismo motivo (con pequeñas modificaciones) se repite en distintos géneros como la pastoral, la égloga y el idilio. El escenario rural no siempre es el mismo y, por ejemplo, hay un abismo muy grande entre las lujosas *country-houses* aristocráticas y las pequeñas aldeas de los empleados rurales. Por tanto, como ha indicado Beatriz Sarlo, “se demuestra exhaustivamente en este libro [*El campo y la ciudad*], [que] nunca es posible adscribir un género discursivo o literario a una sola forma de sociedad o a una única configuración ideológica. Las formas se modifican, en una dinámica interna movida por las presiones que le llegan desde espacios no literarios” (19). Hablar de géneros específicos para sociedades específicas es imposible, debido a que los mismos grupos sociales se encuentran en constante cambio. En lugar de representar a un grupo social se está representando una circunstancia social, una cualidad que le da identidad al respectivo grupo. Estas cualidades no deben ser vistas parcialmente, es decir, desde los ojos de un respectivo grupo social, sino desde afuera, desde la totalidad de la cultura, si se quiere acceder al verdadero valor del escrito.

La importancia del campo va más allá de ser el lugar ideal para el individuo. En un primer momento el campo ingresó en la ciudad como un “factor de poder” que, lógicamente, de alguna u otra forma, afecta a las formas literarias. El dueño de la tierra era el

depositario del poder. Como lo podemos apreciar principalmente en el capítulo diez (“Privatizaciones, tierras comunes y comunidades”), la conciencia del poder del campo llevó al Parlamento a realizar distintas reformas de privatización y vallado de las propiedades, en beneficio de las familias aristócratas y los grandes terratenientes. Esto terminó afectando a la sociedad rural tradicional y, por tanto, al texto literario. La melancolía presente en gran parte de los poemas del siglo XVIII, principalmente los de Crabbe, tienen en buena medida su raíz en estas circunstancias históricas.

Paralelamente, un nuevo cambio histórico se estaba generando y traería entre sus consecuencias la inversión de poder entre campo y ciudad, esta vez, a favor de la ciudad. Ya en el siglo XVIII, el campo comenzaba a recibir los impactos del cambio industrial. A pesar de que desde el Renacimiento se adquirió la idea de la importancia del desarrollo industrial y científico en beneficio del hombre, sólo a finales del siglo XVIII comenzó a consolidarse, con el inicio de la Revolución Industrial. El especial desarrollo que tuvo la Revolución Industrial en Inglaterra llevó a la ciudad a desplazar abruptamente al campo del lugar de poder económico que mantenía. La aparición del capitalismo trae un cambio fundamental en la sociedad británica. El problema reside en distinguir dicho cambio. Pero, como indica Sarlo, en *El campo y la ciudad* el objetivo consiste en trasladar “la pregunta espacialmente a dos miembros implicados, la ciudad y el campo; buscar la trama que hace que estas dos localizaciones se presupongan siempre” (16). El mismo Williams es consciente de que económicamente sus argumentos no se alejan de los planteamientos de Engels y Marx, ya que el capitalismo es el proceso que ha configurado los distintos campos y ciudades que conocemos:

He estado sosteniendo que el capitalismo, como modo de producción, es el proceso básico de la mayor parte de lo que conocemos como la historia del campo y la ciudad. Sus impulsos económicos abstractos, sus prioridades fundamentales en lo que respecta a las relaciones sociales, sus criterios de crecimiento, de ganancia y pérdida han modificado durante varios siglos nuestro campo y han creado los tipos de ciudades que tenemos hoy. En sus formas finales, como imperialismo, ha terminado por alterar todo nuestro mundo. (371)

Al aceptar los planteamientos de Marx y Engels, nace la pregunta por la verdadera novedad del texto de Williams. Siguiendo el planteamiento de Beatriz Sarlo, este libro va más allá de la teoría económica para centrarse en “el procesamiento cultural de sus datos: en la producción de una escenografía y una iconografía del ‘campo’ y la ‘ciudad’, ya no como categorías sociológicas sino como espacios culturales” (17). La descripción y estudio de la experiencia cultural fue la gran obsesión de Williams en gran parte de su labor como teórico que, en el presente libro, alcanza grandes resultados a partir de la presencia de dos polos, al parecer insignificantes y excluyentes: el campo y la ciudad.

Gracias a la irrupción tan fuerte del capitalismo, la ciudad adquirió y aumentó el poder económico que antes poseía el campo. La pequeña ciudad, donde residía el poder monárquico, se realizaban pequeñas relaciones financieras y residían unos pocos, prácticamente desapareció. El capitalismo la transformó, en gran parte para satisfacer de mejor manera sus requerimientos y “Engels —nos indica Williams— fue uno de los primeros que vio la ciudad moderna como una consecuencia social y física del capitalismo: construida según sus criterios y que vivía ateniéndose a ellos” (372).² Nos encontramos ante la presencia de un patrón nuevo, muy distinto a sus antecesores, por lo cual su presencia debía alterar las formas literarias establecidas, a partir de la nueva relación del individuo con su entorno. La percepción del individuo de la ciudad moderna, en principio, era bastante ambigua y oscura:

Esta percepción históricamente liberadora de nuevos tipos de orden posible, nuevos tipos de unidad humana, en la experiencia transformadora de la ciudad, apareció significativamente, junto con el reconocimiento de una nueva dimensión que había producido el más familiar retroceso objetivo. Las fuerzas objetivas y

² Hay que notar cómo el capitalismo trae consigo un cambio total y casi inmediato del entorno, antes de lograr tal cambio completamente en el individuo. Marshall Berman, muy cerca del planteamiento de Williams, también lo había notado y así lo expresa en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*: “si avanzamos unos cien años y tratamos de identificar los ritmos y tonos distintivos de la modernidad del siglo XIX, lo primero que advertimos es el paisaje sumamente desarrollado, diferenciado y dinámico en el que tiene lugar la experiencia moderna” (4). De tal forma, el paisaje, la ciudad moderna, son claves a la hora de dar cuenta de cualquier síntoma de la modernidad.

liberadoras eran vistas como parte de la misma actitud que contenía las fuerzas de amenaza, confusión y pérdida de identidad. (200)

El individuo experimentaba una confluencia de ideas positivas y negativas ante la ciudad. Pero en muchos hombres de letras tal actitud tendía más hacia el aspecto negativo. Wordsworth es un representante de esta actitud. Le fastidian la multitud, la ambición, la superficialidad, entre otros aspectos, que no le permiten configurarse como individuo (según los ideales románticos) y, mucho menos, concentrarse en su labor poética. Pero, a diferencia de Wordsworth, la experiencia urbana puede encarnar otra actitud. Actitud que se venía gestando en autores como Richardson, Lawrence o Austen, para finalmente consolidarse en la ficción de Charles Dickens. La experiencia urbana permite una nueva forma de construcción ficcional, al ofrecerse como modelo a ésta. Dickens se sumerge en la gran ciudad y la transforma en palabras. A partir de una observación detallada se apoya en el lenguaje, para “ver y mostrar” el sistema capitalista, logrando —concluye Williams— que “todo el orgullo del poder —el nuevo poder de la revolución industrial— se sienta en el lenguaje” (214).

De la misma manera que el patrón urbano se impuso en Dickens, terminará imponiéndose en otros novelistas. La ciudad se convierte en el nuevo portador de espacios para la ficción. Hombres como Hardy o Wells vislumbran la ciudad con actitudes particulares, pero siempre atendiendo al patrón utilizado por Dickens: la experiencia urbana como factor de construcción ficcional. Es así que, mientras Wells creía en la posibilidad del caos naciente del nuevo orden social, Hardy creía en la creación de una sociedad diferente gracias a una conciencia colectiva que se generaría a partir de las organizaciones sociales e instituciones educativas de la ciudad. Williams menciona que distintos autores, siguiendo el patrón elaborado por Dickens, comparten una relación muy especial con la ciudad, a pesar de lo distantes que pueden llegar a ser sus actitudes ante la ciudad moderna. Aparentemente, en la tradición poética (desde Wordsworth hasta algunos poetas del siglo XX) existe una especie de nostalgia por el pasado perdido y olvidado. Pero, para Williams, tal nostalgia es, de cierta forma, una clase de pretexto que permite entender el verdadero papel de la ciudad en el siglo XX: “la ciudad es, no sólo una forma de visión moderna: es la encarnación material de una decisiva conciencia moderna” (298).

Después de una indagación tan larga surge la pregunta por los resultados finales. El mismo Williams se atreve a respondernos tal interrogante:

Siempre fue una indagación limitada: el campo y la ciudad en el marco de una única tradición. Pero esa búsqueda me condujo a una posición desde la cual puedo ofrecerles a otros sus significaciones, sus implicaciones y sus conexiones: para analizarlas y corregirlas; para emprender muchos tipos de trabajos cooperativos posibles; pero, sobre todo, para poner énfasis —el sentido de una experiencia y de las maneras de cambiarla— en los muchos campos y ciudades en los que vivimos. (376)

El peculiar método argumentativo de *El campo y la ciudad* nos permite abordarlo de distintas perspectivas. Por ejemplo, a partir de los autores y subtemas mencionados a lo largo del libro. Los capítulos dedicados específicamente al estudio de un autor se encuentran muy bien elaborados y poseen cierta autonomía que permite una mirada independiente y solitaria. Muchos autores desconocidos en castellano son conocidos y reevaluados a partir de textos de este tipo. A pesar de lo cortas que podrían llegar a ser las observaciones sobre algunos escritores, se encuentran hechas con bastante cuidado y brillantez por parte de Williams. Dickens, Wordsworth, Austen, Hardy, entre muchos otros, pueden ser revisados según los intereses del lector de turno. Lo mismo se puede aplicar a los pequeños subtemas que se encuentran dispersos en el texto, como la poesía pastoral, la novela decimonónica inglesa, entre otros.

En *El campo y la ciudad* es muy interesante apreciar el funcionamiento de conceptos teóricos desarrollados por el mismo Williams, conceptos que en gran parte son expuestos y desmenuzados en *Marxismo y literatura*. Por ejemplo, el de “estructura de sentir”. Tal concepto remite a una totalidad imaginaria de posibilidades de un grupo social respectivo. De tal forma, los cambios, por ejemplo en los textos literarios, se deben a que las expectativas sociales no se pueden expresar a partir de las convenciones instauradas por la “estructura de sentir” establecida, por lo cual se hace necesario una reelaboración de la estructura, por una que esté en la capacidad de dar cuenta de los nuevos requerimientos sociales. Partiendo de la “estructura del sentir” instaurada por la poesía pastoral, Williams va subrayando las circunstancias (una por una) que llevaron a las for-

mas literarias a trasladarse desde lo pastoral, la égloga y el idilio, hasta la novela y la poesía del siglo XX. El problema de la noción de la “estructura del sentir”, como lo ha señalado el mismo Williams, es que se le llegó a tomar como una “fórmula”, desviándola del objetivo que él le había querido otorgar: una forma de percibir las modificaciones en los procesos culturales. Williams hablaba en el prólogo de *Marxismo y literatura* de *El campo y la ciudad* como un texto en el que los procesos teóricos se ponían en práctica. En este caso, la teoría nace de una actitud frente a la tradición literaria (la escritura del proceso teórico se da años después) y no, como muchos falsamente creen, como un elemento a priori y ajeno a los textos literarios. *El campo y la ciudad* no es sólo un estudio teórico, cultural o literario, sino que es el resultado de toda una vida dedicada al estudio de la cultura y la literatura. Por tanto, antes de ser un simple análisis, es una visión fina y elaborada de mucho valor para cualquiera que esté interesado en el tema de la cultura o la literatura inglesas.

La revisión de un texto como el de Williams es muy significativo en la actualidad. Además del conocimiento literario, teórico y práctico tan grande que brinda, hace parte de una de las discusiones literarias más importantes en la actualidad. *El campo y la ciudad* hizo parte de la primera ola de textos que señalaba la importancia de la experiencia cultural en las relaciones sociales. En cierta medida, nos encontramos en los orígenes de los preceptos de los estudios culturales y, hoy en día, cuando se discute la legitimidad de tales estudios en contraposición a los estudios literarios, una revisión al origen de la discusión no es un lujo, sino una necesidad.

Universidad Nacional de Colombia

Humberto Sánchez Rueda

Obras citadas

Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Traducción de Andrea Morales Vidal. Madrid: Siglo XXI, 1999.

Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Traducción de Pablo di Masso. Barcelona: Península, 1997.